

43. Al menos un vaso

Desde Tivoli don Gaspar, no teniendo dinero "... en lugar de cabalgar, se fue a pie con su compañero don Giovanni Chiodi, a la vuelta de Vicovaro, donde se encontraban los compañeros para ir a la Misión y se comieron sólo unas pocas legumbres". Él se afligió no tanto por la austeridad, sino por sus compañeros, que trató de animar para el sacrificio. Durante el viaje que hicieron se largó a hablar con ellos de la Congregación: "Dios no falta en proveernos, no sabría decir la suma, pero se por cierto que el dinero me ha crecido maravillosamente". Incluso solía confiar a los co-hermanos que "no pocas veces se veía multiplicar el dinero entre las manos". Y los episodios que confirman tal afirmación no son pocos.

"En Cesena" - cuenta don Angelo Primavera - "yo no quería aceptar el cargo de superior, habiendo 500 escudos de deuda. El Canónigo insistió: Tenga fe - me dijo - y se hará cargo la Providencia. Cierto que su palabra se habría cumplido, obedecí. Aunque siendo el alquiler de tan sólo 80 escudos y la comunidad a mantener de seis personas, sin pedir nada a los fieles, en once meses logré pagar la deuda y quedó algo de sobra. ¿Y cómo? Fue un misterio para mí también".

Otro superior atestigua: *"Recibí del Santo 300 escudos para pagar las deudas y habiéndolos contados una y otra vez, me encontré con la cantidad correcta. Fui a pagar a los acreedores. Después de la vuelta, quedaron cien más, y entrando en la duda del equívoco de los pagos, regresé en las tiendas, pero todos afirmaron haber recibido lo que les correspondía. Le escribí al Santo, de modo que Me contestó lo siguiente: Demos gracias a Dios, que ve el fin para el que se gastan".*

Sabemos que la Congregación "... desde el principio fue ungida por el carisma de la más extrema pobreza y en esta - decía el fundador - deberá permanecer la suprema razón de ser". Él será siempre celoso de este carisma y abrirá Casas aunque tenían escasas rentas y ermitas abandonadas y decaídas. Todas las viviendas debían tener lo necesario, y ninguna abundancia.



El Santo tenía amigos y adherencias en Roma y, si él hubiera aceptado una pequeña parte de los ricos dones copiosos que se le ofrecían durante las misiones, el Instituto habría podido nadar en la riqueza. Cuando don Francisco Pietrantonio dijo que en San Felice eran siempre “*entre grandes tristezas*” le contestó: “*¡Este debe ser nuestro consuelo, ya que es prueba que la Obra es de Dios!*”.

“*¡La Casa Vallecorsa - dice el Merlini - era siempre pobre y siempre rica!*” Un Cardenal solía decir: “*La Congregación del Canónigo del Búfalo es prodigiosa, porque, a pesar de las enormes dificultades y indigencia, va siempre creciendo y se expande*”.

Gaspar no se veía nunca alterado cuando algunos se iban, porque en la Congregación no habían encontrado las comodidades que buscaban y que habían esperado; de hecho le agradece al Señor porque “*ciertamente no eran llamados por Dios*”.

En sus cartas encontramos innumerables expresiones como éstas: “*Sería una decepción que el Instituto viviera en la opulencia*”. A los tesoreros de comunidad escribía: “*Oren y pongan toda confianza en Dios y la Providencia no faltará; ¡verán milagros auténticos*”. “*Tengan la seguridad*” - decía a menudo - “*Que Dios nos multiplica el dinero. Yo, después de gastos inmensos, me encuentro siempre con la cuenta exacta*”. También decía: “*Para hacer el bien se necesita la Gracia de Dios y el dinero, por lo tanto deben conformarse con lo necesario y den abundantemente a los pobres*”. “*Si mi Congregación se volviera rica, no la bendeciré desde el Cielo, porque ya no sería más mi amada Congregación*”.

Insistió, y lo sancionó en el Reglamento: “*Gran gratitud a los bienhechores con oraciones y sufragios*”.

Aunque no le gustaba la riqueza y el exceso, también es cierto que siempre se preocupó de que a los misioneros no le faltara lo necesario: ni siquiera un vaso de vino en la mesa y, si no había, recurría al milagro. Tal como ocurrió en San Felice.

Al no tener dinero, en vez de los dos barriles de vino para la provisión anual, los Misioneros se vieron obligados, en una temporada de carestía, a contentarse con uno solo. Como resultado, la comunidad muy pronto quedó sin vino. Gaspar, que estaba acostumbrado a tomar medio vaso de vino por comida, no viendo vino en la mesa, dijo:

- “*Hermanos, ¿hoy no vamos a tomar?*”

- *“Padre, no tenemos más vino”* - dijo el que servía.

- *“¿En serio?”* - Preguntó don Gaspar y añadió: - *“Vamos a ver en el sótano”*.

El hermano lego que sabía de barril vacío, golpeó con los nudillos en el contenedor, para hacer escuchar al Santo que "al interior no había ni siquiera una gota". Y todo dejaba entender que así fuera. El recipiente sonaba como una olla de barro vacía.

- *“Coloca el vaso bajo del barril y abre”* - dijo don Gaspar.

El hermano lego quedó con ojos desorbitados, como los sirvientes en las bodas de Caná, cuando Jesús les dijo de llenar las jarras de agua. Pero aun más quedaron los ojos desorbitados cuando vio brotar a chorros vino de un barril vacío. Sólo cuando hubo suficiente para todos, al menos un vaso por cada uno, el arroyo se secó.

- *¡Es un milagro!* - Exclamaron asombrados los comensales.

- *Es justo* - dijo Gaspar - que bebamos nosotros también un vaso de vino en la mesa. *¡Lo dice también S. Pablo que un poco de vino hace bien al estómago!*